

CHICOS QUE MUERDEN

MARI MANCUSI

Traducción de Laura Rodríguez Gómez



Libros publicados de Mari Mancusi

CÍRCULO DE SANGRE

1. Chicos que muerden

Próximamente:

2. *Stake That*

Título original: *Boys that Bite*
Primera edición

© Marianne Mancusi, 2006

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-679-7 Depósito Legal: xxxxxxxx

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

A todos los que salieron en mi ayuda cuando mi casa quedó hecha cenizas. No podría haberla reconstruido sin vosotros.

Y a Melvin y a los FOM. Os tengo en mis pensamientos. 😊

Agradecimientos

Gracias a Nadia Cornier por promover mi libro y a Susan McCarty por comprarlo y editarlo. A Paige Wheeler, por ser una agente y una amiga maravillosa. Gracias por creer siempre en mí.

Gracias a Hank, una fantástica escritora por derecho propio. Y a Mary, nuestra querida directora de actividades, que tiene una asombrosa habilidad para hacerme entrar en razón. Y a Marley, por sus excelentes críticas, como siempre.

Gracias a The Literary Chicks (Alesia, Lani y Michelle) por realizar en mi lugar la subasta por el incendio y a Gemma Halliday por todo su trabajo para prepararla. Gracias a todos los agentes, editores y autores que donaron críticas y libros. ¡La comunidad de la RWA es increíble!

Gracias a todos mis viejos amigos de Rave en Nashua, Nuevo Hampshire, del pub Colmillo original. A Gretchen, que me hizo ver el atractivo de los vampiros. A mis padres, que no se quejaron demasiado cuando empecé a vestirme de negro de arriba abajo y deseaba estar muerta. A Suzanne, por celebrar la noche de Buffy todos los martes. Y a Joss por crear a Buffy, ¡eres mi héroe!

Y por último, gracias a los miembros de la comunidad Meiyo Seraph de World of Warcraft por todas esas noches de liberación de estrés que tanto necesitaba. Especialmente a Kel (también conocido como Ed), que tiene la admirable capacidad de hablar sobre mi libro mientras campea hordas. ☺



Prólogo

Sunshine y Rayne

Que te muerda un vampiro una semana antes del baile de graduación es un verdadero asco. En muuuchos sentidos.

Bueno, vale. Estoy segura de que sería igual de asqueroso en cualquier otra época del año. Por ejemplo, el día de la foto del instituto. Es un mal momento para lucir un chupetón con dos agujeros en el cuello. En Semana Santa también sería una faena. Imagínate tener que explicarle a tu madre que no puedes ir a la iglesia porque, bueno, porque eres alérgica al sol. Y luego está la Navidad. Claro, tendrías muchas papeletas para encontrarte con Papá Noel pero ¿podrías resistir la tentación de pegarle un mordisco en su sabrosa y vieja yugular?

Ahora que lo pienso, no hay ningún momento bueno para que te muerda un vampiro.

Dicho esto, tenéis que entenderlo. ¡Hace tres horas, veinticinco minutos y veintidós segundos que Jake Wilder me ha invitado al baile de graduación! ¡Eh, que estoy ha-



blando de Jake Wilder! El macizo del instituto de Oakridge. El rompecorazones que protagoniza todas las obras del colegio, el de los ojos marrones profundos y entrañables y ese cuerpo que hace que se te caiga la baba. Todas las chicas que conozco están oficialmente enamoradas de él, incluso Mary Markson, y ella está prácticamente casada con su novio, Nick.

Y yo pregunto, ¿a quién ha invitado el dios del sexo en cuestión al baile de graduación? Ah, sí, a *moi*. En serio, si me hubierais preguntado hace tres horas, veinticinco minutos y treinta y tres segundos si Jake Wilder sabía siquiera mi nombre, habría apostado mi iPod a que no tenía ni idea. (Y menos mal que no hice esa apuesta, porque un día sin veinte gigas de música a mi alcance es como un día sin sol.)

Dicho eso, ya os podéis imaginar el coñazo total y absoluto que supone estar convirtiéndome lentamente en vampira una semana antes del gran evento.

Pero me estoy anticipando a los acontecimientos. Como no tenéis ni idea de quién soy, probablemente no os importe demasiado mi inminente transformación en criatura de la noche. (Mamá siempre dice que tengo unos modales horribles, así que me disculpo por adelantado por mis defectos.)

Entonces, venga, hablemos de mí por un momento. Me llamo Sunshine McDonald. Sí, sé que Sunshine significa «luz del sol», y si eso os parece chungo, miedo me da presentaros a mi hermana gemela, Rayne, cuyo nombre significa «lluvia». Sí, lo sé, lo sé, Sunshine y Rayne. ¿A que os revuelve un poco el estómago? Bueno, la culpa la tienen nuestros crueles padres exjipis que (¡vaya por Dios!) crecieron en la era disco y deberían haber estado en Estudio 54, bailando toda la noche, en lugar de estar en la cooperativa de agricultores



comiendo tofu a la brasa. Pero por desgracia, no. Prefirieron la paz, el amor y nombres de bebé estúpidos a la música de baile y las lentejuelas.

Por supuesto, ahora mismo es probable que mi padre ande por ahí dando vueltas en un deportivo rojo último modelo mientras recoge a bomboncitos en Las Vegas. Dejó a mamá para «encontrarse a sí mismo» hace unos cuatro años y, desde entonces, nunca más se ha sabido de él. De vez en cuando recibimos tarjetas de cumpleaños con un profundo sentimiento de culpa, sus disculpas más sinceras y un billete nuevito de cinco dólares metido dentro, pero eso es todo. A veces lo echo de menos pero ¿qué se le va a hacer?

Pero, bueno, volviendo a mí. He cumplido dieciséis años. Mido uno sesenta y cuatro, tengo un peso medio y mi pelo es rubio ceniza. Mis ojos son de color marrón barro, que algún día ocultaré con lentillas azules, y un millón de engorrosas pecas que no se van por mucho zumo de limón que les eche. Mamá dice que las pecas las heredé de la parte irlandesa de la familia de papá. Papá dice que me vienen de los ancestros escoceses de mamá. En cualquier caso, Rayne y yo fuimos maldecidas en el útero por el hada mala de los genes y no podemos hacer nada contra eso.

En clase me va bien. Suelo sacar notables y sobresalientes. Me gusta la lengua y odio las mates. Cuando «sea mayor» quiero ser periodista. Juego en el equipo titular de hockey sobre hierba del instituto y me he presentado dos veces a las pruebas para la obra del insti, más que nada para estar lo más cerca posible de Jake Wilder. Ya van dos veces que acabo siendo la suplente de Heather Miller y la muy estúpida nunca se pone enferma ni llega tarde. Y con eso quiero decir que ha ganado durante dos años consecutivos el premio a la

puntualidad. Y para más inri, también tiene las tetas grandes y se arroja sobre Jake a diario.

Pero bueno, estoy segura de que os interesa mucho más todo el tema de los vampiros que el pecho de Heather Miller. (Aunque deberíais verlo. ¡Parece la mismísima Pamela Anderson!) Básicamente, todo el problema empezó cuando Rayne decidió arrastrarme a un pub gótico.

Para que conste, a mí no me va para nada la música gótica ni todo ese rollo. Tampoco es que sea fan de Britney, por supuesto. Supongo que se me podría considerar una chica del tipo John Mayer. Pero Rayne, por el contrario, es una gótica de pies a cabeza. Si algún día la viera vestida de otro color que no fuera el negro, me caería de culo de la impresión. Escucha toda esa música extraña que nunca ponen en la radio y le gustan las películas oscuras y retorcidas que no tienen ningún sentido. Por ejemplo, habrá visto *Donnie Darko* unas cincuenta veces y es capaz de reproducir palabra a palabra diecisiete episodios de *Buffy*. Cada vez que sale a la venta un libro nuevo de Anne Rice, acampa toda la noche para ser la primera de la cola en comprarlo. (Aunque esos libros de pirados los hay a patadas, creedme.)

Pero en fin, hace dos días Rayne me dice que vio un panfleto en Newbury Comics de un pub gótico para todas las edades en Nashua, Nuevo Hampshire; aproximadamente a veinte minutos de donde vivimos nosotras, en la frontera con Massachusetts. No os lo vais a creer, pero el pub se llama Colmillo, que de verdad tiene que ser el nombre más chungo del planeta. Rayne, por su parte, está tan emocionada que estoy segura de que acabará meándose en los pantalones. (Bueno, en su falda negra y larga, para ser exactos, ya que no la pillaríais en pantalones ni muerta.) Y, como ella misma se



encarga de recordarme, la conozco desde que nació y es mi obligación como hermana gemela renunciar a cualquier plan de domingo por la noche que pudiese tener para ir con ella, ya que todos sus amigos están demasiado ocupados.

Qué suerte la mía.





1

¡Hazme gótica, *baby!*

—Dame una buena razón por la que debería salir esta noche.

Son las cinco de la tarde de un domingo y estoy intentando desesperadamente librarme de la gran salida al pub Colmillo que mi hermana planeó para las dos. Sin embargo no tengo muchas esperanzas. Después de todo, está más que demostrado que Rayne siempre consigue lo que quiere. Punto. Fin de la historia.

Rayne, que estaba tumbada en su cama con dosel, gira sobre sí misma, levanta la cabeza, la apoya en un codo y me pone sus mejores pucheros.

—Deja de lloriquear. Será superdivertido y lo sabes. Además, fui a ver a Dave Matthews contigo y ni te puedes imaginar lo doloroso que resultó para mí soportarlo. Mis oídos todavía no se han recuperado.

Mi gemela amante del drama se frota los lóbulos con dos dedos, como si todavía le doliesen. Por favor...



—Lo que tú quieras. —La empujo en broma y ella se cae de espaldas sobre el colchón—. Ni que fuese una lata escuchar esa voz de ensueño.

—Lata, no. ¿Castigo cruel e inusual peor que la muerte? Caliente, caliente.—Rayne salta de la cama y va zigzagueando hasta su armario—. Así que vas a ir. Está decidido.—Rebusca entre las perchas con cara de concentración—. Ahora tenemos que buscar algo que ponerte.

¡Peligro! ¡Peligro!

—¡No, eso sí que no! —grito—. Puede que tenga que ir a ese estúpido pub obligada, pero no pienso someterme a ningún cambio radical al estilo gótico. Lo que llevo puesto no tiene nada de malo.

Me pongo en pie y desfilo con mi conjunto de camiseta, vaqueros y chanclas que siempre me ha funcionado.

Rayne se gira y me mira durante un segundo, el tiempo suficiente para examinarme de arriba abajo y entornar los ojos. Luego se vuelve a girar hacia su armario y saca una falda y un jersey negros.

—No pienso llevar un jersey a un pub —protesté—. ¡Su-
daría como un cerdo!

—Bueno, jolines, era solo una idea. —Vuelve a sepultar el conjunto en el armario atestado y lo cambia por una camiseta de tirantes negra (sorpresa, sorpresa). Y aunque soy una chica que por norma general lleva camisetas de tirantes, tiendo a mantenerme alejada de las que están hechas de vinilo.

—Ni de coña —digo sacudiendo la cabeza—. La gente va a pensar que me va el sadomaso y se pondrán a darme latigazos o me esposarán al escenario o algo así.

Rayne suelta su suspiro de frustración patentado al oír mi protesta pero, afortunadamente, devuelve el conjunto *bondage*

al armario. Yo, por mi parte, me siento otra vez en la cama y me pregunto si, para empezar, debería preocuparme porque mi gemela tenga un conjunto como ese.

—¿Qué te parece esto? —me pregunta al sacar una camiseta de tirantes ajustada y muy mona que lleva escrito delante «Fashion Victim»—. Parece bastante apropiado.

Le tiro un cojín.

—Solo en el más irónico de los sentidos, por supuesto —corrige con una risita—. O siempre puedes llevar este. —Cambia la camiseta por otra... esta vez rosa y con letras blancas que dicen «¡Muérdeme!».

—¿De dónde has sacado esa camiseta? —pregunto con curiosidad—. No te pega demasiado. Ni siquiera es negra.

Ella se encoge de hombros.

—Una vampira me la prestó hace tiempo y siempre me olvido de devolvérsela.

—¿Una vampira? —digo arqueando una ceja. Aunque sabía que Rayne andaba con otra gente, no me había dado cuenta de que se creían criaturas de la noche—. ¿Acaso ahora andamos intercambiando ropa con los no muertos? —Supongo que eso explicaría que tuviese todo de color negro.

Rayne resopla.

—Solo me prestaron una camiseta, listilla. Pero, para que conste, sí. Hay todo un grupo de ellos en Nashua. Parecen jóvenes góticos, pero en realidad son miembros de un antiguo círculo de vampiros.

—Tienes que estar de broma —protesto—. Además, ¿por qué iba a querer alguien hacerse pasar por vampiro? Como si fuese algo tan guay. ¿Van por ahí bebiéndose la sangre los unos a los otros o algo así?



Rayne se encoge de hombros con un gesto evasivo, lo cual me demuestra que realmente cree que es algo guay, pero que no piensa admitirlo delante de mí. Se me pasa por la cabeza burlarme de ella, pero luego decido que el lema de «vive y deja vivir» de las hermanas es el mejor plan de acción en este momento y dejo el tema. Después de todo, tengo que estar con ella toda la noche. Que esté enfadada solo haría las cosas mucho más dolorosas.

—Vale, me pondré la camiseta de «Muérdeme» —digo para tranquilizarla. Por lo menos no es negra—. Será mi respuesta a quien intente ligar conmigo —digo riéndome—. Si viene alguien en plan «eh, nena, ¿qué signo eres?», me limitaré a señalar la camiseta.

Rayne se ríe en señal de aprecio y me tira la camiseta de tirantes.

—Claro que también puede que piensen que les estás señalando las tetas en plan «son todas tuyas, nene».

—¡Puaj!

—No te preocupes —dice mi hermana mientras se cambia su camiseta por un vestido de princesa largo y negro decorado con una tonelada de encaje. ¿Dónde encontrará esas cosas?—. La mayoría de los chicos serán gais, estoy segura. Es lo que pasa con los buenos, al menos en el mundo gótico. No hay muchos chicos hetero a los que les mole utilizar lápiz de ojos. —Entonces resopla—. Así que, querida gemelita angelical, estoy bastante segura de que tu virtud permanecerá intacta independientemente de la camiseta que te pongas.

Ya estamos otra vez. Sabía que no podíamos mantener una conversación entera sin una de las tristemente célebres pullas de Rayne tipo «Sunny la inocente». Mi querida gemela perdió la virginidad el año pasado y desde entonces no ha



dejado de fardar de ello. Cualquiera pensaría que ha ganado una medalla olímpica del sexo o algo parecido. Pero lo siento. Conocer a un *skater grunge* en un campamento y escaparnos para hacerlo en el suelo del cobertizo para botes no es mi idea de una primera vez satisfactoria. Llamadme cursi, pero quiero que mi primera vez sea con velas y rosas por todas partes, no rodeada de astillas y con rozaduras en las rodillas. A cada uno lo suyo, supongo.

—Así que —continúa Rayne, tomando mi silencio como un permiso para seguir metiéndose conmigo—, puedes estar tranquila, tu inocencia está a salvo en el pub Colmillo.

Aunque no quiero hacerlo, me río. Habla como una comercial.

—¿Pone eso en el folleto?

—Por supuesto —declara Rayne totalmente confiada—. De lo contrario te devuelven el dinero.





2

El pub Colmillo

El pub Colmillo resultó ser más o menos lo que me había imaginado, aunque, la verdad, tampoco es que tuviese demasiadas expectativas para el lugar. Dado que está en un edificio que durante el día sirve como lugar de reunión para los Caballeros de Colón, los empresarios tampoco podían hacer mucho para hacerlo más gótico por las noches y poder sacarlo todo a tiempo para el *brunch* de veteranos de las seis de la mañana.

Y no es que no lo hayan intentado. Colgaron de las vigas luces de colores intermitentes y sábanas blancas del suelo al techo para cubrir las ventanas. Y detrás de estas sábanas pusieron ventiladores para que se moviesen con el aire. Los proyectores de diapositivas situados al otro lado de la sala arrojaban imágenes escalofrantes e indescriptibles sobre el fondo blanco de las sábanas.

Delante del escenario, que estaba ligeramente elevado, habían colocado la guinda del pastel: una jaula de *bondage*. Al

menos supuestamente se tenía que parecer a eso. Creo que se limitaron a coger algunas verjas de alambre y a pintarlas de negro con un espray.

Detrás de la «jaula» hay un pinchadiscos de barba desaliñada hurgando entre los discos. Unos altavoces enormes emiten música electrónica, industrial y gótica a todo volumen. Incluso tienen una de esas horribles máquinas que echan humo, con lo que empiezo a toser en cuanto pongo el pie dentro.

Al resto de la gente que hay en el pub parece no importarle ni la cutrez ni el humo. Vestidos de negro integral, como si de uniformes se tratase, se balancean al ritmo de la música haciendo un baile que me recuerda a cuando metes el pie en el barro y se te queda atascado. Sacan el pie lenta y meticulosamente y luego parece que se les queda atascado también el otro pie, obligándolos así a repetir todo el proceso desde el principio.

—¡...clase! —me grita Rayne al oído.

—¿Eh? —¿Qué quiere decir con lo de «clase»? Oh, Dios mío... ¿habrá visto a alguien del instituto? Jo, me moriría de vergüenza si alguien conocido me pillase aquí de esta guisa y se enterasen mis compañeras del equipo de hockey sobre hierba. Me machacarían para siempre—. ¿Que has visto a alguien de clase?

—No, ¡he dicho que esto tiene clase! —corrigió Rayne. Ah. ¡Uf! No es que esté de acuerdo con su afirmación, pero al menos no tendré que esconderme detrás de una de esas sábanas ondeantes.

—Voy a buscar algo de beber —dice Rayne señalando una barra pequeña e improvisada situada junto a una pared. Y a diferencia de las barras de los pubs de verdad, por



supuesto, esta solo sirve refrescos. Qué mal. No es que sea alcohólica pero en este caso una cerveza podría ayudar a aplacar el dolor.

—Tráeme un Red Bull —le digo. Quizá una megadosis de cafeína me ayude. Rayne asiente y desaparece entre la niebla.

Encuentro una pared e intento pasar inadvertida mientras me pregunto por qué demonios habré accedido a esta tortura. Llevamos aquí cinco minutos y ya tengo un dolor de cabeza horrible. Por no hablar de la peste de la muchedumbre, que me da ganas de vomitar. En serio, ¿qué te cuesta echarte un poco de desodorante en los sobacos antes de ponerte a sudar en la pista de baile?

Intento buscar el lado bueno a la situación.

Vale, intenta tener una buena actitud, Sunny. Rayne ha hecho muchas cosas por ti. No seas tan egoísta y déjate llevar. Quién sabe, ¡hasta puede que te diviertas!

Sí, claro. Eso no se lo cree nadie. Como mucho conseguiré fingir que me lo paso bien.

—Buenas noches.

Oh, no. Un tío. Dirigiéndose a mí. Pensé que Rayne había dicho que aquí todo el mundo era gay. Levanto la mirada, dispuesta a señalarme la camiseta, cuando de repente me encuentro con los ojos más bonitos que he visto en mis dieciséis años de vida. Son del color de los zafiros, literalmente. A ver, he visto muchos ojos azules, pero ningunos como estos.

Y lo que es aún mejor: los ojos están en una cara igualmente impresionante. Hago un inventario rápido: piel suave, pómulos marcados y pestañas negras como el carbón. Pelo largo y castaño recogido en una coleta. Normalmente no me van los chicos con el pelo largo, pero a este tío le queda total. Parece un Orlando Bloom de ojos azules (el Orlando Bloom de

Piratas del Caribe, no de *El Señor de los Anillos* y para nada el de *Troya*, para que lo sepáis). Y mejor todavía: a diferencia del resto de los chicos del pub, que van vestidos de góticos, él no lleva puesto nada negro. Solo una sencilla camiseta blanca ajustada y unos vaqueros de tiro bajo. Y tampoco lleva lápiz de ojos, gracias a Dios.

Recorro visualmente el lugar, convencida de que Orlando debe de estar hablándole a otra persona, no a mí. Alguna supermodelo situada a mi derecha, quizá. Pero no veo a nadie a mi alrededor. Mmm.

—Ho... hola —digo con una voz infantil de pito. Odio mi voz. Parece que tengo diez años. Rayne y yo somos gemelas idénticas pero ella tiene esa voz sensual y áspera. Quizá sea por el tabaco, pero si tengo que elegir entre un posible futuro cáncer de pulmón y una voz de pito, podéis llamarme Minnie Mouse.

En lugar de contestarme, el tío extiende el brazo y me pone la mano en la mejilla, ejerciendo una ligera presión. Tiene la piel fría, pero su tacto me quema. Estudia mi cara y luego recorre mi cuerpo con los ojos haciéndome sentir desnuda bajo su mirada. Percibo un escalofrío involuntario y noto como se me pone la piel de gallina en los brazos. Uau. No me acuerdo de la última vez que un chico me puso la piel de gallina. ¡Quizá no me haya pasado nunca!

Sé que debería estar preguntándome por qué se me ha acercado este tío en un pub y, evidentemente, le parece algo normal tocarme de una manera tan íntima, pero no consigo pronunciar ni una palabra de protesta.

—Soy Magnus —dice con una voz peligrosa y entrecortada y con un marcado acento inglés—. Creo que me estabas esperando.



Se me cae el alma a los pies. Maldita sea, sabía que se había equivocado de chica. Probablemente tiene una cita a ciegas y me ha confundido con ella. (Aunque no consigo entender por qué un tío de su calibre tiene que recurrir a una cita a ciegas. ¡Cualquiera con buena vista lo agarraría nada más verlo!)

Pero, espera un segundo. Si ni siquiera reconoce a su cita, ¿qué tipo de relación tienen? Evidentemente todavía no son pareja, lo que para mí implica que yo estaría jugando limpio. Miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay ninguna tía loca y posesiva dispuesta a sacarme los ojos por meterme en su territorio. Pero el horizonte parece despejado.

—Hola, Magnus —digo, pero tengo que gritar a causa de la música—. Yo soy Sunny.

Él inclina la cabeza y me mira confuso. Luego se lleva un dedo a la oreja y me sonrío. Ah. Ya entiendo. No me oye por la música. Y justo cuando estoy a punto de repetir en voz más alta mi presentación, me agarra la mano y me lleva hacia la puerta del pub.

Siento el corazón en el pecho latiéndome con fuerza. Si digo que ahora mismo me va a mil millones de latidos por minuto me quedaría corta. ¿Adónde me lleva? ¿Debería seguirle o soltarme? Busco a Rayne en el pub, al menos para decirle que volveré pronto, pero no la veo por ninguna parte.

Salimos al aire fresco de la noche. Aquí fuera hace bastante frío, incluso para ser mayo en Nuevo Hampshire. El portero del pub nos mira con recelo durante un momento antes de girarse para seguir ligando con la preciosa rubia menor de edad que está a su derecha. Magnus me hace bajar las escaleras principales sin soltar mi mano temblorosa.

—Mmm, ¿adónde vamos? —pregunto, y me paro en seco. Después de todo, por muy mono que sea, no sé absolutamente

nada sobre él. Y el Pepito Grillo de mi cabeza me advierte de los peligros de seguir a un desconocido al exterior de un pub por la noche.

Él se da la vuelta y me sonrío otra vez, y mis defensas se desmoronan. Seguro que alguien con una sonrisa tan bonita no puede ser peligroso, ¿verdad?

—Ahí dentro es un poco difícil oírte —dice al fin. ¡Uau, me encanta su acento!—. Pensé que podríamos salir afuera para charlar.

Vale, charlar. En plan conversación. Hablar es bueno. Hablar no implica hacer nada que mamá no aprobaría. Pero no es que me importe lo que aprobaría o no mamá, me recuerdo a mí misma. A ver, tengo dieciséis años; casi soy oficialmente adulta. Definitivamente tengo que salir de esta rutina de santurrona en la que estoy metida todo el tiempo.

—Entonces... ¿vienes por aquí a menudo? —pregunto, intentando entablar conversación. Pero me doy cuenta demasiado tarde de lo tópica que suena la pregunta. Él se ríe ligeramente y yo siento cómo se me calienta la cara. Esa es otra de las desventajas de tener la piel clara y pecas. Me pongo como un tomate y no hay forma de ocultarlo. Esperemos que la oscuridad que nos rodea suavice un poco este rojo de camión de bomberos.

Quiero decir algo más para compensar mi estúpida pregunta, pero al parecer la lengua no me funciona correctamente. ¿Qué demonios me pasa? Mi cerebro me dice que debería estar muerta de miedo, pero mi corazón me dice que me deje llevar. Después de todo, ¿con qué frecuencia se te acerca un tío tan guapo en un pub y se pone a hablar contigo? A ver, puede que le pase muy a menudo a Paris



Hilton, por ejemplo, pero a la pobre de la menda nunca le ocurre.

Vamos hacia la parte de atrás del edificio, donde hay un aparcamiento y una sola farola que desprende una luz amarillenta sobre los vehículos. Magnus se detiene y me sonrío. Yo me apoyo en los ladrillos del edificio y le devuelvo una sonrisa tímida.

¿Y ahora qué? Espero que no esté esperando una conversación intelectual, porque creo que no sería capaz de mantenerla en este preciso instante.

Sin embargo parece que lo último que se le pasa por la cabeza es entablar una conversación, ya que se acerca un paso más y frota la rodilla contra el interior de mi muslo. Aquel contacto físico repentino me provoca una ligera sensación de náuseas en la boca del estómago. Pero en el buen sentido de la palabra, si es que es posible.

Vuelve a tocarme la cara, esta vez recorre mi pómulos con un suave dedo. Sus ojos buscan los míos, como si pudiese ver el interior de mi alma. Todo aquello es tan inquietante, peligroso y sexi que juro que voy a caer desmayada.

—Eres preciosa —susurra—. Y tan inocente.

Yo frunzo el ceño. Dios, odio cuando la gente dice eso. En fin, técnicamente soy inocente, inocente con mayúsculas. Pero lo que más me fastidia es que sea tan fácil de adivinar a primera vista. Como si llevase una uve gigante en la frente o algo así. Rayne y yo somos gemelas y a ella nadie le dice nunca que parece inocente. Oh, no.

—No soy tan inocente —digo, dándome cuenta de que estaba citando un verso de una canción de Britney. Debería mantener la boca cerrada hasta que encuentre algo inteligente, ocurrente e interesante que decir.



—No es un insulto —murmura él mientras me pasa el dedo por la oreja y recorre el lóbulo—. A mí me parece muy, pero que muy atractivo.

¿He mencionado ya lo buenísimo que está? ¿Y lo excitada que estoy yo? ¿Y que soy incapaz de responder a cualquier cosa que me diga?

—Vaya. Bueno... gracias, supongo. —Y me río con mi estúpida risa, la que me sale siempre que estoy nerviosa. Parece el rebuzno de un burro y no me gusta nada.

Él se inclina más y su boca está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara. Huele a menta y a algo especiado que no consigo identificar.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta buscando de nuevo mi cara.

Yo arrugo la nariz, perpleja. ¿Si estoy segura de que quiero qué? Desde el principio de este encuentro algo me dice que me estoy perdiendo una parte de la información realmente importante. Por la forma en que me mira tengo la sensación de que me está preguntando si estoy segura de querer besarle. Y la respuesta a esa pregunta es: *Claro que sí.*

—Estoy segura —susurro con la esperanza de que me salga una voz ronca como la de Demi Moore. Como la de Rayne—. Muy, muy segura.

Él sonrío.

—De acuerdo, entonces hagámoslo.

Cierro los ojos y lo siguiente que siento son sus labios rozando los míos. Noto escalofríos por todo el cuerpo y la piel de gallina regresa con más fuerza que nunca. Y no es que sea una experta en besos (de hecho me da un poco de vergüenza admitir que solo me he enrollado con tres chicos en toda mi vida), pero hasta yo puedo decir que esto es impresionante,



un beso de los que recuerdas toda la vida. La forma en que presiona sus labios contra los míos, como si estuviese muerto de hambre y llevase días sin comer. Como si desease algo que solo le puede proporcionar mi boca. Separo los labios y no puedo contener un gemido de placer. Espero que no piense que soy una guarra por dejarle besarme así. En fin, apenas lo conozco. Pero hay algo en todo esto que me gusta.

Entonces separa sus labios de los míos y me va dando besos hasta llegar al cuello. Me encanta que me besen el cuello. Por alguna razón me pone a cien. La ligerísima presión de sus labios rozando mi...

¡Aaaay!

—Pero ¿qué rayos...? —digo mientras me aparto de un salto, horrorizada.

Dios mío. ¿Acaba de mordirme?

